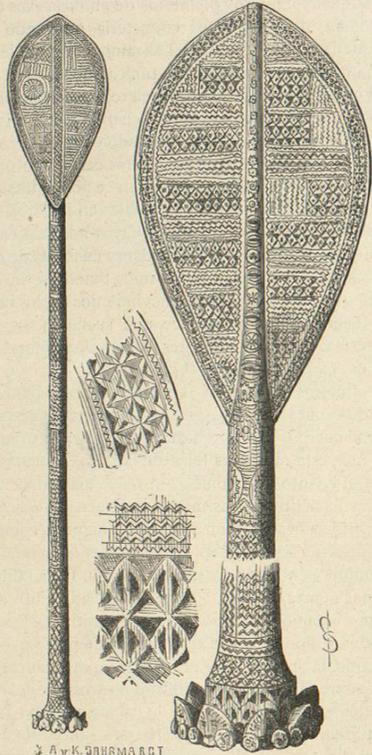


ter iban completamente desnudos ó llevaban simplemente un trozo insuficiente de tela colgado de la cintura que apenas les tapaba las partes genitales. Formando contraste con esta pobreza, las islas de la Sociedad, en esto como en todo á la cabeza de las demás, ofrecen un lujo en el vestir que adquiere una importancia simbólica. El traje de guerra consistía en ellas en tres sayos ó ponchos puestos uno encima de otro, blanco el de debajo, encarnado el de en medio y pardo el de arriba: el primero era el más largo y el último el más corto. Entre las más extravagantes ceremonias de las islas de la Sociedad figuraba la de envolver el cuerpo



Mazas de las islas Hervey (Museo Etnográfico, Munich)  
Véase pág. 462.

en el mayor número de trapos posible como prueba de recibimiento amistoso. Las bailarinas tahitianas llevaban, en tiempo de Cook y de Forster, atado sobre el pecho un pedazo de tela parda; alrededor de las caderas se ataban fuertemente con una cuerda cuatro sayas de tela indígena superpuestas, de color rojo y blanco alternados, de las que pendía una porción de tela blanca que les llegaba hasta los pies y formaba una especie de túnica excesivamente larga y ancha.

El traje de los neo-zelandeses que por la diferencia del clima y de las telas que se usan constituye el más característico de los trajes polinesios, se compone de un trapo arrollado á la cintura y de una estera que los varones se colocan en el hombro derecho y las mujeres en el izquierdo y que los adultos se quitan al prepararse para trabajar ó para luchar. Cuando lo creen necesario, llevan, además, los hombres un cinturón de lino, del que penden el *meris* y el hacha de combate. La cabeza y los pies permanecen por regla general descubiertos, pero algunas tribus de la isla central po-

seen sandalias de lino. La estera es, como pocas otras cosas, objeto de gran cuidado por parte de los maories y constituye para la industria femenina lo que para la del hombre la destal de roca verde: sólo de lino se fabrican doce distintas clases de esteras, habiéndolas además de pieles de perro y de aves y de lino adornadas con éstas. En las esteras se refleja la única diferencia de clase que junto con el tatuaje se manifiesta exteriormente. Cada tribu lleva una especie distinta de estera. Y como en la isla no hay más que una clase de lino que se subdivide en dos variedades, las diferencias estriban en la preparación de las fibras y en los adornos.

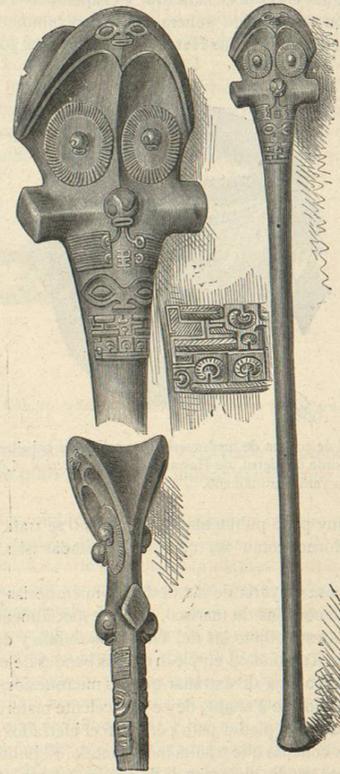
El traje de los micronesios es sumamente incompleto, lo cual constituye un carácter no despreciable de la diferencia con el de los polinesios. En algunos puntos, como por ejemplo en las islas Palaos septentrionales, los hombres van completamente desnudos. La desnudez es general en los niños hasta que entran en la edad viril. En Nukuor, sólo de noche y fuera del arrecife está permitido llevar un traje más completo que el que constituye el delantal que tapa las partes genitales. El extremo opuesto de esta escala lo forman los insulares de Mortlock y de Ruk que llevan unas capas á modo de ponchos hechas con fibras de *Musa* y de *Hibiscus*, cuya abertura para introducir la cabeza está festoneada con conchas. Los niños de Ruk sólo reciben la capa cuando se ha puesto á las muchachas el delantal que cubre las partes genitales, adquiriendo con ello, al igual de lo que acontecía con la *toga pretexta* en Roma, los derechos de la sociedad varonil, de dormir en la casa de los hombres, etc. Hablando de este grupo, hace Kubary el siguiente inventario de la ropa de un caudillo: capa, cinturón, adorno para las orejas hecho con anillos de nueces, dos cadenas para el cuello, brazaletes y adorno para el pecho. Los ancianos carolinos llevan también una especie de tonelete que les llega hasta la rodilla y que está hecho de tiras estrechas de hoja de cocotero anudadas á un cordón de fibras de coco con una pequeña franja de lana encarnada (véase el grabado de la pág. 452). En las grandes solemnidades, colócase el hombre sobre este delantal otro de un hermoso color amarillo de anchas fibras y largo, que hace las veces de traje de gala. Una prenda igual á manera de cuello y puesta sobre los hombros llevaban los remeros de una embarcación de un caudillo que vió Finsch. Algunas veces, entre aquellos carolinos que han adoptado alguna prenda europea, generalmente la camisa, los hay que debajo de ésta se ponen el tonelete. Antiguamente los hombres y las mujeres usaban una especie de delantal para tapar las partes genitales, que tenía la forma de suspenorios y estaba hecho de fibras de plátano de varios colores: esta prenda, que formaba asimismo el único traje de los habitantes de Kuschai, es uno de los más notables productos de la industria carolina, pues el cinturón era tejido y por cierto que en un aparato especial en el que primero se confeccionaba la cadena atando cuidadosamente entre sí los hilos de diversos colores, y se empleaban para la trama en parte estos mismos hilos y en parte las hilas de lana roja de que hemos hablado. En Mortlock y en Ruk se estilaban anchos cinturones formados con cordones cuyo número varía de 15 á 25, en los cuales se ensartan pedacitos de nuez: el número de éstos es tal que según cálculo de Kubary un cinturón de 20 cordones contenía por lo menos 12,500. Esto explica por qué el cinturón es para estos insulares la prenda más estimada de su guardarropa. No menos apreciados son los cinturones que los habitantes de las Palaos hacen de las bisagras de un marisco *Tridacna* muy raro y que sólo se fabricaban por encargo: hoy día ya no se usan.

Así como el traje de los hombres se ha conservado bastante fiel á la tradición, el de las mujeres de Ponape ha sentido de una manera notable la influencia del trato con los blancos: efectivamente, en vez del delantal y del cuello de tiras de hojas de palmera que todavía encontró Lutke en las Carolinas, llevan telas de algodón de colores y pañuelos de bolsillo atados á la cintura ó puestos sobre el pecho, y los hombres á manera de poncho (véase el grabado de la pág. 453). También han desaparecido las telas de corteza de árbol que en otro tiempo, según dice Kubary, usaban estas mujeres.

La riqueza y la variedad que ofrecen las armas y utensilios polinesios que en nuestros museos existen hacen por sí solas de estos pueblos uno de los objetos más interesantes de un estudio científico comparativo. En circunstancias igualmente desfavorables, tan sólo entre los hiperbóreos y entre los americanos del Noroeste encontramos un grado tan alto de desarrollo en punto á habilidad artística y á inventos. Ante todo hay que hacer constar la falta del hierro. Cuando los europeos se pusieron por vez primera en contacto con los polinesios, encontrábase éstos en su edad de piedra, reemplazando los metales que no tenían con piedras, huesos y conchas de moluscos. En muchos casos podemos atribuir el estado de estos territorios á la imposibilidad en que se hallaban de conocer el hierro, pues en la mayoría de las islas por los polinesios habitadas falta en absoluto el mineral. Esto, que en las islas coralinas se explica perfectamente, acontece también en la mayor parte de las islas volcánicas. Únicamente las dos islas neo-zelandesas han acusado la existencia de algunos metales. El grado de cultura de estos pueblos es tal que cabe afirmar que hubieran progresado en el aprovechamiento de los metales si hubiesen contado con la primera materia. De todas suertes, con piedras, huesos, dientes y madera han hecho cuanto puede hacerse: los trebejos para navegar y para pescar, las canoas y los anzuelos, son en su clase perfectos y demuestran no sólo habilidad, sino también inventiva. Cuando tuvieron por vez primera en sus manos el hierro, supieron apreciarlo en alto grado, cosa que no hicieron los australianos ni los bosquimanos. El hierro constituyó un adorno, pero así como los demás géneros menos útiles, por ejemplo las cuentas de cristal, disminuyeron considerablemente de valor, todo lo que era de hierro figuró constantemente en el primer lugar de los artículos europeos de comercio. De momento lo aplicaron en las antiguas formas y así, por ejemplo, pusieron sencillamente en sus destrales en lugar del molusco *Tridacna* trozos de cerco de tonel, conservando de este modo la primitiva forma del instrumento. En Ponape, en donde la edad de piedra puede decirse que terminó á principios de 1820, las hojas de hierro se colocan todavía en los mangos de madera de limonero de la misma manera que se colocaban cuando las hojas eran de piedra ó de conchas. Las antiguas hojas de piedra se conservan, sin embargo, como objetos sagrados en el rincón más escondido de la casa. Una generación después, habían ya avanzado estos insulares hasta trabajar por sí mismos la preciosa materia, y en Hawai había ya á principios de este siglo una industria indígena en la cual se empleaban exclusivamente instrumentos de hierro.

A falta de hierro, la piedra era el material más estimado para todos los utensilios pesados, especialmente para los martillos y las hachas de combate, no siéndolo tanto para las lanzas. El uso de puntas de piedra para las flechas era desconocido. Si se comparan las destrales de piedra polinesias con las melanesias, se notará desde luego que las

primeras no están perforadas y que su contorno exterior está trabajado con sencillez suma; lo cual, sin embargo, no es óbice para que estén cuidadosamente pulidas y redondeadas. Estas destrales, aun las que están hechas con los mejores materiales y las que acusan un trabajo más minucioso, apenas se apartan del tipo de la cuña simple. De aquí que la falta de un mango en ellas introducido para sujetarlas ó de una encurvadura afilada, sean casi tan características como la falta misma de perforación. Bajo este concepto, las más sencillas son las destrales neo-zelandesas, comunmente simples rectángulos cuyo filo no es por



Mazas de las islas Marquesas (Museo Etnográfico, Munich)  
Véase pág. 462.

lo general redondo, sino que presenta una forma rectangular. En nuestras colecciones existen algunas destrales de Nueva Zelandia simplemente chaflanadas y afiladas por los lados sólo en caso de necesidad. El chaflanamiento, aun en algunas hermosas hachas de Hawai, es tan rudo como lo exigen las capas de hilos con que se las sujeta. Las más sencillas, empero, son las de los insulares de Pascua, consistentes en una lava conchífera que por su gran anchura y por su corto mango más que destrales parecen cuchillos (véase el grabado de la pág. 415). Las hachas de Nueva Guinea y de las islas vecinas no ceden á menudo en tamaño á las anteriores, pero son más redondas porque en parte no se sujetan, como las polinesias, sobre el mango, sino que están clavadas en él. Las destrales de los hawaicos, cuya hoja tiene de 20 á 40 centímetros de longitud, se parecen por su tamaño y por su forma á las neo-zelandesas, pero tienen muchas veces un aplanamiento por el cual se las adhiere al mango. Las hojas de piedra largas,

delgadas y parecidas á tijeras pertenecen también á estos territorios: en cambio las grandes hachas adornadas de las islas Hervey suelen ir provistas de una hoja de basalto estrecha en forma de espátula. Los mangos de las destraes son en el fondo iguales en todas partes: como muestra podremos citar las que Cook trajo consigo de Tahití que consisten en unos mangos de madera con un apéndice que sobresale por detrás á manera de talón. En la parte anterior del mango que forma una línea vertical, va adherida la destal, plana por arriba y de doble corte por abajo, por medio de un cordón que primero se enlaza alrededor del mango y luego se ata en cruz en la destal y el apéndice. Para atar este cordón se procede generalmente con sumo cuidado, especialmente en las islas Hervey: el mango está por regla



Un pectoral de concha de madreperla con collar de cabellos humanos y borde de hierro, de Hawái (*Christy Collection*, Londres.)  $\frac{1}{4}$  de su verdadero tamaño.

general, muy poco pulimentado, cuando no se trata de armas de adorno como las que en las citadas islas se encuentran.

La inmensa mayoría de las destraes micronesias tienen las hojas de conchas de marisco, siendo especialmente preferidas para este objeto las del *Terebra maculata* y del *Tridacna gigas*. También se emplean anchas bandas de concha de tortuga. No deja de extrañar que los micronesios, como por ejemplo los de Ponape, dejen el excelente material que les proporciona la piedra para permanecer aferrados al empleo de las conchas que resulta más cómodo. El pulimentar las hojas por medio de arena ó de piedra pómez es tarea propia de los ancianos.

Según parece, antiguamente los polinesios consideraban como arma principal las lanzas *patia* ó *tao*, unas hechas simplemente de madera con la punta endurecida al fuego, otras que tenían la punta de piedra ó de púa de la cola de la raya, y otras que iban provistas de astillas de huesos ó de dientes de tiburón (véanse los grabados de la pág. 456). Las había doble altas que un hombre (Forster vió en las islas Marquesas lanzas de 4 metros de largo) confeccionadas principalmente con madera de casuarina que por esta razón recibió el nombre de *toa* (guerra), y á falta de la cual se empleaba la de cocotero. Esos indígenas no se desprendían voluntariamente de sus lanzas, habiendo ya sorprendido á Forster el hecho de que un neo-zelandés entregara, correspondiendo á un regalo, adornos y armas pero no lanzas «que por lo mismo debían ser para ellos los objetos más queridos y preciosos.» También Wilkes observó que los insulares de las Paumotus que poseen lanzas — á menudo simples palos — mazas y destraes de conchas del molusco *Tridacna*, se desprenden en los cambios mercantiles menos voluntaria-

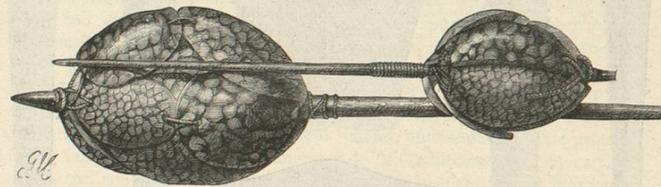
mente de las dos primeras armas que de la tercera. En armonía con el alto aprecio en que se las tiene, las lanzas están trabajadas con un cuidado especial: en las Marquesas, se esculpen en ellas varios adornos y se las embellece con cabellos humanos. Entre las armas de los hawayos figuran también en primer lugar las artísticas lanzas provistas de garfios, de las que Cook trajo una que medía  $4 \frac{1}{4}$  metros de largo y que estaba hecha de dos trozos de una madera dura. Asimismo son las lanzas las armas principales de los micronesios: las puntas de las mismas tienen generalmente la forma de garfios y consisten en púas de raya, en huesos humanos, en espolones de sollo cornudo, en dientes de tiburón y otros objetos análogos. En ninguna parte son las armas tan artísticas como en Melanesia, habiendo pueblos enteros que las tienen muy primitivas, pudiendo citarse como ejemplo los insulares de Ponape que se distinguen por sus lanzas toscas y los de Mortlock que atan las puntas de las suyas con cordones de fibras. Estas armas sólo sirven para herir en los combates cuerpo á cuerpo ó para rematar á los heridos, mientras que las lanzas en forma de palo puntiagudo en ambos extremos sirven de armas arrojadizas. Como armas puramente de madera encontramos la espada de los habitantes de las Palaos (véase el grabado de la pág. 457) y de los pahus y el puñal de madera dura de  $\frac{1}{2}$  metro de largo ó más, ancho del mango, en forma de espátula, y que va adelgazándose gradualmente: estos puñales se llevan metidos en vainas de piel. También se hacen de trozos de piedra angulosos y de 20 á 40 centímetros de largo terribles armas de mano.

Al lado de la lanza, figura como arma principal la maza, hecha las más de las veces de una madera dura, que por los adornos especiales que la caracterizan es uno de los más interesantes productos del arte polinesio (véanse los grabados de las págs. 460, 461 y 464). En esta arma estriba la principal superioridad de los tonganeses que si en punto á variedad, se ven, en este ramo, superados por los insulares de Fidschi, en cambio por lo que toca á la belleza de sus trabajos están muy por encima de todas las tribus del Océano Pacífico. El tipo más común y bello es la forma de remo, redondo por el mango y achatándose hacia arriba, cuadrado algunas veces por la marcada prominencia del canto central y cortado transversalmente ó bien prolongado en elipse puntiaguda. Las mazas de esta forma suelen estar enteramente cubiertas, desde el mango hasta la punta, de esculturas que forman una especie de faja arrollada en espiral ó están divididas por aristas laterales y costillas centrales en cuatro campos sesgados laterales ó sobrepuestos, formando simplemente fajas transversales. Los adornos son en detalle líneas rectas ó en zig-zag trazadas unas muy junto á otras: casi nunca deja de haber una figura humana toscamente trazada, que es precisamente la misma que encontramos en todos los trabajos cincelados de los tonganeses. Algunas veces surgen entre estos ornamentos la luna y el sol, como también figuras de peces y de tortugas. Otro detalle que con frecuencia vemos en las mazas tonganesas es la corcheta ó el agujero que sirve para colgarlas. Junto á estas mazas esculpidas, las hay también lisas, completamente planas, en forma de remo, con un anillo transversal debajo de la pala del remo, en forma de simple pala y de mango corto. Las que afectando decididamente la forma de remo tienen hasta 2 metros de largo son más bien «remos de honor» labrados como las mazas en fajas transversales ó esculpidos elegantemente de un modo que recuerda las hojas conchíferas de pedernal.

Los insulares de las Marquesas no demuestran menos habilidad que los tonganeses en la confección de hermosas mazas, esculpiendo en la hoja de las que tienen forma de

remos, como en casi todos los productos de su industria artística, una figura humana de forma fantástica (véase el grabado de la pág. 461). Pero las mazas á modo de remos más hermosas son las que fabrican los insulares de Hervey (véase el grabado de la pág. 460) cuyos trabajos superan á las esculturas celulares de los tonganeses y son tan hermosas que, según escribe un cronista de la Exposición universal de Sydney, pueden muy bien figurar en el tocador de una señora. Los tahitianos y sus más próximos afines, al revés de los insulares del Sud, no se cuidan tanto de la ornamentación elegante, pero fabrican sus armas de una manera más adecuada á su objeto y ponen mucho cuidado en pulirlas. Además de las mazas, usan los tahitianos y los marquesanos gruesos rodillos para los combates cuerpo á cuerpo; de modo que, como se ve, no escasean allí las armas.

«Para qué necesitan esas gentes tantas armas — dice J. Forster hablando de los insulares de Namoka — es cosa que no se explica, dado su carácter bondadoso y dulce.



Cebo de anzuelo hecho de conchas de mariscos, de las islas de la Sociedad (*Christy collection*, Londres.)  $\frac{1}{2}$  de su verdadero tamaño

dos los de esta clase, terminan en un nudo más ó menos grueso, entre cuyas espirales y sinuosidades se descubre algunas veces una figura humana. Y como las tendencias hacia lo fantástico están tan desarrolladas, son dirigidas también con preferencia á los respectivos fenómenos naturales, como nos lo prueba cierto palo tortuoso y convenientemente adornado de Nueva Zelandia. En esta clase de objetos de carácter puramente ornamental se incluyen también unos palos cortos con nudos y apéndices ricamente adornados y unas destraes de igual naturaleza, pero el adorno aparece tan generalizado que la transición de estos objetos á los de verdadero uso es apenas perceptible. Destraes, pipas, puñales, flautas y otros objetos no ceden á menudo á aquéllos en adornos, á pesar de lo cual son cosas comunmente usadas. Esto nos trae á la memoria la solemnidad, mezclada con ceremonias religiosas, de la vida y de los actos de los polinesios, especialmente en todo aquello que se refiere á la aparición del soberano y de sus nobles y particularmente á la guerra que, en medio de sus explosiones de barbarie, ó por mejor decir antes que éstas, reviste cierto carácter ceremonioso.

En cuanto á los instrumentos que sirven para estos trabajos, encontramos los dientes de tiburón clavados en un mango de madera que hacen las veces de buriles y unos arcos de madera con los mismos dientes en sus dos extremos que sirven de compases.

Las armas manuales hechas con dientes de tiburón, con las cuales también se hieren los que llevan luto y los que están enojados, como muestra de su dolor, no sirven para la lucha, sino para satisfacer la cruel voluptuosidad que sienten estas gentes martirizando á los hombres, es decir para despedazar á los prisioneros. Cualquiera se sentiría inclinado á desear como absurda, aun tratándose de bárbaros sanguinarios, la idea de que tales armas sólo sirven para despedazar, si así no lo afirmaran las fidedignas memorias

Cierto que podrían tener, como los tahitianos, algunas diferencias con sus vecinos, pero las mazas de combate tienen tantas esculturas y otros adornos que, según todas las probabilidades, no debe hacerse mucho uso de las mismas. Lo que este autor dice está en perfecta armonía con la realidad. Las destraes de Hervey provistas de un mango afiligranado, ó las mazas en forma de remos de los tonganeses, grandes y llenas de adornos, son consideradas en primer término como cetros, como insignias de dignidad, por más que algunas veces y por vía de excepción hayan sido empleadas en los combates. Las lanzas, lo propio que las mazas, son también signos de honor y de dignidad: entre éstos se distinguen los cetros ó bastones honoríficos de Nueva Zelandia por su longitud, á menudo mayor que la estatura de un hombre, y por sus ricos y característicos adornos. Por su forma vienen á ser un término medio entre el palo y el remo, presentándose muy raras veces en ellos la forma de maza. Los más sencillos consisten en palos cilíndricos adornados con líneas longitudinales angulosas y, como to-

los compañeros de Cook que fueron los primeros en reproducir estos objetos y en indicar el uso á que se los destinaba.

Quizás también merece figurar en el número de los mismos el aguijón de raya que lo mismo sirve de sierra que de puñal. Las armas hechas con dientes de tiburón se encuentran muy generalizadas en las islas de la Sociedad, donde se consideraba con razón como el arma más terrible la llamada espada-horquilla, *paeho*, que consistía en una rama de casuarina en forma de tridente ó de tenedor de cuatro puntas, en cada una de las cuales se fijaba un diente de tiburón. Esta arma alcanzaba su mayor grado de perfección en las islas de Gilbert ó de Kingsmill, siendo un hecho altamente interesante ver cómo la población de este pequeño grupo de islas supo crearse, gracias á un constante progreso en una dirección determinada, un estilo propio en la fabricación de armas que, desarrollándose de una manera notable, llegó á ser una de las industrias más características y al propio tiempo que más aplicación y destreza exigían (véanse los grabados de las págs. 456 y 457). Esta industria consiste en la fabricación de armas con dientes de tiburón y viene á ser un perfeccionamiento de las armas que hacen los malayos con la sierra del pez espada. Cualquiera creería, en vista de ello, que se trata de un pueblo importante por su número y por su poder que vive en guerra continua. Y sin embargo de esto, todas las islas de Kingsmill juntas no alcanzan una superficie de más de  $7 \frac{1}{8}$  millas alemanas cuadradas, y su población no cuenta más allá de 35,000 almas. El reverso necesario de esta técnica de armas son las corazas que están, respecto de ellas, en la misma relación que las corazas de los buques respecto de los cañones rayados. Fabricadas con cordones espesamente tejidos, son para el cuerpo dolorosas y pesadas, pero ya se comprenderá que cuando menos son necesarias para disminuir los efectos morales de estas armas de dientes de tiburón. Un yelmo de la